

Frente libertario

Madrid,
10 de diciembre
de 1937

Número 345

editado por el comité de defensa confederal = región centro

DISCIPLINA INTERNA Y DEBERES CONFEDERALES

Siempre ha sido tónica primordial de nuestros hombres hablar poco. Y sobre todo no hacerlo livianamente cuando se ocupa un cargo de responsabilidad

La austeridad ha sido una de las premisas básicas que han informado la vida de todos los buenos militantes confederales; y no una simple austeridad de vida, sino incluso una austeridad de palabra y hasta de pensamiento. Jamás, entre nosotros, pueden ocuparse los cargos de responsabilidad dentro de la Organización—que hoy, por las circunstancias que vivimos se han convertido en cargos de responsabilidad dentro de la España proletaria—, para hacer de ellos palanca de exhibicionismo inmoderado, o punto de apoyo sobre el que levantar una personalidad ficticia, que, trascendiendo del ambiente estrictamente confederal, adquiere resonancias propicias en sectores diversos de la política nacional. Por eso, y precisamente porque las circunstancias que atravesamos son harto peligrosas y harto ambiguas para aumentar sus peligros o fomentar sus ambigüedades, es por lo que creemos necesario recordar este espíritu consustancial con nuestro estilo y con nuestra norma de vida y de conducta.

Es preciso afirmar de una manera rotunda y firme, y es preciso también que esta afirmación encuentre eco justo y adecuado en todos nuestros medios, que las declaraciones de todos nuestros militantes, desde los que ocupan los más elevados cargos en nuestra Organización hasta aquellos otros que ocupan los más modestos, deben responder siempre a acuerdos de organización y no a criterios particulares. Y cuanto más elevado sea el cargo que se ocupe, tanto más interés tiene esta premisa que acabamos de afirmar. La misma gravedad tras-

cendente de las horas que vivimos abonan estas palabras, que son nuestras en cuanto a expresión, pero que son de todos nuestros militantes, de toda nuestra Organización, en cuanto son expresión fiel de toda una idiosincrasia honda y firme surgida de largos años de lucha y de experiencia y crecida al calor de duras persecuciones y de peligros de todo género.

En el panorama político y social de la España leal hay muchas gentes que están dispuestas a especular hasta con el más pequeño de nuestros gestos; abundan los pescado-

res en aguas revueltas que en una palabra pronunciada a la ligera encuentran materia para construir lo que ellos presentan a los trabajadores españoles como sólidos argumentos; y hemos de procurar por todos los medios, más aún, tenemos el deber ineludible de procurar, por todos los medios, que no encuentren las gentes de esa laya motivo alguno en nuestras palabras y en nuestras actitudes para resquebrajar esa autodisciplina firme, que es la más poderosa de las armas que tenemos a nuestra disposición. Donde tantas Organi-

zaciones firmes se han desmoronado, subsiste el bloque monolítico de la Confederación Nacional del Trabajo. Y en nuestro propio interés está el conservar esa firmeza unida y exacta de nuestras fuerzas frente a los intentos disolventes de los que se acercan a nosotros con balido de ovejas, pero con dientes de lobo.

Aquellos compañeros que por su capacidad y por sus condiciones ocupan los más destacados cargos en nuestra Organización, son quienes más deben atemperar su conducta a esta ausencia de profusión de palabras y de pu-

blicidad notoriamente endomingada. Porque es en sus palabras y en sus gestos donde nuestros enemigos buscarán con más interés argumentos sobre los que edificar sus falacias y presentar las cuestiones de la manera que a ellos más les convenga. Una interpretación errónea o maliciosa de las palabras de un compañero que desempeñe un cargo representativo en nuestras filas puede producir daños que no se ocultan a nadie. Y, para evitar semejantes peligros, lo más acertado es limitarse a hablar lo menos posible, esquivar toda publicidad que no sea de tipo estrictamente confederal y ceñirse, desde luego, en todas las palabras y en todas las cuestiones, a las afirmaciones que dimanen de acuerdos de organización, prescindiendo en absoluto de todo criterio personal, de toda opinión particular.

Esta es la manera de cumplir exactamente nuestros deberes. Esta es la manera—la única manera—de hacernos dignos de la confianza que la Organización haya depositado en nosotros, y de cerrar el paso, al mismo tiempo, a todos los intentos disolventes y a todas las maniobras de nuestros enemigos. Intentos y maniobras que no dejarán de producirse si no ajustamos nuestra conducta a esa imprescindible austeridad de palabra, de conducta y de pensamiento que ha sido nuestra tónica de lucha y que debe seguir siendo tan firme como siempre si queremos que la Confederación Nacional del Trabajo pueda cumplir la misión trascendentalmente revolucionaria y liberadora que le ha encomendado la hora histórica que vivimos.

El mejor homenaje que podemos rendir a la memoria de

PABLO IGLESIAS

es ofrecerle nuestra unión, nuestra hermandad libre de egoísmos y desprovista de ambiciones de meadro partidista.

El que mas sacrificios haga en este sentido mas digno será de ofrecer su admiración y su respeto a Pablo Iglesias, apostol de la emancipación de los trabajadores, de todos, absolutamente de todos los trabajadores.

Verdades como templos

El propio presidente de la República española, en el corazón del Madrid heroico, ha reconocido que el 17 de julio todo se hundió. ¿Quién puso la primera piedra del nuevo edificio? Los obreros, los hijos del pueblo, los parias, los eternamente perseguidos por la opulencia y la maldad encarnada en los sublevados. ¿Puede negarse la contribución de sangre llevada por el pueblo a la reconstrucción económica y social de España? No. ¿A qué vienen, pues, ahora estos plumíferos a sueldo de intereses partidistas a profanar la obra realizada en aquellos días de aciaga lucha? ¿Quiéren tal vez volver a aquellos tiempos ignominiosos del poder omnipotente de una clase esclavizadora de la otra? Si tal piensan sufren un error, cuyos efectos serán desastrosos para nuestra propia y querida España. No se puede hacer bajo ningún concepto, en nombre del antifascismo, tildar a los que dieron su sangre y la están dando de gente inconsciente, de hombres que actúan sin responsabilidad.

Los hechos hablan con mayor elocuencia que los ditirambos que pueden escribir todos aquellos que cuan-

do las ametralladoras zumbaban al oído estaban metiditos en casa, encogidos por el pánico de perder la vida. Es horrible pensar que estos abnegados trabajadores puedan ser enjuiciados por la esencia de la ineptitud, cuando, de hecho, los que critican su obra han demostrado a través de todas las épocas su falta de capacidad para ordenar la vida en el terreno de la justicia equitativa. Hablamos sin pasión, la mano sobre el corazón, y éste obedece al impulso de los cerebros que al unísono trabajan en el silencio de los laboratorios y en el infernal ruido de las fábricas de producción para lograr hacer de España un vergel y un paraíso donde puedan vivir todos los seres, sin pensar que su vida puede un día ser truncada por la mano del opresor.

Pretenden los obreros conscientes hacer de España una nación floreciente, un país en cuyo seno puedan cultivarse todos los sentimientos elementales del espíritu humano; es decir, donde todas las ramificaciones del saber hallen eco que, trascendiendo por los infinitos rincones del mundo, lleve aires de paz y libertad

a los pueblos subyugados y oprimidos. Esto es lo que piensan realizar los obreros sindicales. Y lo realizarán, porque el progreso manda, y ¿qué importa que unos cuantos, por conservar vestigios de un pasado vergonzoso intenten crear la desunión en el campo proletario, si los trabajadores, a pesar de todo, seguirán unidos con el pacto de sangre sellado frente a la facción en aquellos días trágicos y crueles del 19 de julio?

Tienen los obreros demasiado sentido común para dejarse llevar por los tintineos de viejas candilejas. Van decididos, subiendo la cuesta del sacrificio, camino de su emancipación, y saben perfectamente que dicha emancipación, la alcanzarán por su propio esfuerzo, que queda condensado en la potencialidad de los organismos sindicales.

¿Se quiere vencer al fascismo? No dudamos que todos los sectores antifascistas contestarán que sí. Pues bien: para vencerlo rápidamente no hay más que una fuerza que lo pueda realizar: la fuerza sindical, en unión con los demás antifascistas que, rezagados aún, no han sabido valorizar lo que representa el sindicalismo en la economía moderna y en la libertad de los pueblos.

ente libertario

GRANDE DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Administración
Comité de Defensa
Sección de Propaganda
Serrano, 111. Tel. 58653

Razón y base de la potencialidad del Ejército Popular

No debe olvidarse la procedencia y el origen, la savia primera, de nuestro Ejército popular. Es una creación a imagen y semejanza del pueblo mismo, porque ha sido el mismo pueblo trabajador quien lo ha formado. El otro, el de los privilegiados, es un ejército de casta que posee todos los vicios de la putrefacta clase capitalista. Y precisamente por esto se levantó contra el pueblo. Odiaba a la clase trabajadora, y cuando ésta empezaba a emanciparse, las armas de aquellos mercenarios al servicio del privilegio y del capitalismo, se levantaron para impedir a toda costa que el pueblo español se redimiera de la secular esclavitud a la cual estaba sometido por medio de la fuerza y de la más brutal tiranía.

Este es el origen del Ejército popular. Un Ejército que nace para enfrentarse con el ejército capitalista y burgués, que había traicionado la promesa dada a la República. Sin esta circunstancia no hubiera existido el Ejército popular; razón por la cual nuestro Ejército no puede perder ni un solo instante las destacadas características de su procedencia y origen. Los trabajadores de los Sindicatos, salidas de las fábricas y de las oficinas, de los campos y de las minas, formaron columnas y batallones bajo la denominación de milicianos. Milicianos que posteriormente se encuadraron con mayor regularidad y disciplina. Y de estos mismos milicianos surgieron los jefes y oficiales que hoy son el orgullo del Ejército popular y el terror de nuestros enemigos.

Ante estas destacadas características, no podemos sino afirmar, una vez más, que nuestro Ejército continuará siendo el Ejército revolucionario de una revolución popular. Y por esta revolución proletaria, por esta democracia obrera combate nuestro Ejército, dando su sangre y sus vidas de la manera más generosa que imaginarse pueda, desde los jefes y oficiales al más modesto soldado, pues todos no son otra cosa que auténticos trabajadores, revestidos en la actualidad de la categoría militar. Su pensamiento en los campos de batalla no es más que el mejoramiento de toda la clase trabajadora. Es decir, que combaten por sí mismos, por sus hijos, por sus padres, por sus hermanos, por todos sus compañeros y compañeras.

Es el Ejército popular de nuestra Revolución. Un Ejército que, al combatir contra el fascismo, combate contra todas las dictaduras y contra todas las tiranías. Lucha, de un lado, por la emancipación social y, del otro, por la libertad, por la completa libertad moral de una sociedad que no tenga nada que ver con la tiranía, de cualquier color que ésta sea. Razón por la cual en nuestro Ejército no hay sitio para los pusilánimes ni para los traidores. Todo lo que no se refiere a la causa popular no puede existir en él, ni de él puede participar. Por consiguiente, quien a la larga traicionará los ideales que nuestro pueblo persigue, no podrá ser más que un emboscado, un camuflado, un superhipócrita, un sectario bien oculto. Y, por consiguiente, también todos aquellos que no sienten profundamente estas emociones populares, deben ser apartados de nuestra Revolución. Serían, si existiesen, restos de la antigua casta militarista que quieren absorber todos los derechos del pueblo mismo, desde los derechos civiles al más eminente de los derechos políticos. Estos sacrosantos derechos del pueblo, que siempre se vieron amenazados por los espadaños de todos aquellos que odiaban al proletariado con el más mortal de los odios.

Ahora, sin embargo, ocurre todo lo contrario. En este momento, los que se oponen a la Revolución, a la integridad revolucionaria, y a esto, alejamos de él a los propagadores de un proselitismo nefasto y partidista, a todos los indecisos, a todos los débiles de espíritu, a todos los propensos a la traición y, sobre todo, a todos aquellos que no sientan profundamente la causa popular por la que estamos combatiendo a vida o muerte. De esta manera forjaremos y mantendremos íntegro aquel Ejército del pueblo necesario para vencer al enemigo común de todos los antifascistas, y, al mismo tiempo, tendremos la garantía verdaderamente revolucionaria del próximo mañana.

Del 9 largo

Hoy estamos radiantes. Hemos visto el tipo perfecto de antifascista oficial, inchador encanecido en las lides revolucionarias, firme puntal de los poderes constituidos.

Hemos visto a este tipo y nos hemos estremecido de gozo; él come, bebe, fuma, bucea en instituciones y cochachuelas y... lucha.

Nos ha abierto su corazón, cerrado todo en él habla de pretérito y de futuro. Nada de presente. "Yo hice... Yo haré..." Ni un solo "yo hago".

El sabe lo que hizo (y alguien más),

sabe lo que hará (si se lo dejan hacer), nosotros sabemos lo que hace. Sabemos que come, bebe, fuma... lucha y... obedece.

Porvenir bucólico alegra su esperanza.

Místico recogimiento espera su espíritu.

También espera... un "carguillo" que le asegure el porvenir bucólico.

Romanticismo. Puro romanticismo. Obediencia. Disciplina. Fidelidad. "Pantojismo".

Leed

"CNT"

Visado por la censura

Flechazos

Sueños, sueños y recuerdos horro-
rizados de la destrucción de Guernica,
Durango y otras poblaciones de la in-
mortal Euzkadi. Pero, la verdad, en
nuestro sueño creímos que la cosa no
habría sido tan horrible como horri-
ble fué, y fué tan horrible, que si las
leyes de vida imprescindibles a la Hu-
manidad viva, no fueran bastante
para que la burguesía acabase, los crí-
menes de Durango, de Guernica, de
Bilbao y Asturias si lo serán, y lo se-
rán sobrados para hacer que se extin-
ga, para hacer que en el remordimien-
to y por el remordimiento de sus crí-
menes desaparezca, y desaparezca sin
dejar vestigio la bastarda burguesía
que la Revolución del 89 nos legó.

Y soñamos, y en nuestro sueño vi-
mos las llamas rojigrises que devora-
ban cuerpos sin extremidades, ancia-
nos lagrimeantes, mujeres en cinta y
niños que la siniestrada civilización
burguesa había hecho separar de los
brazos en hoz y de los dedos en esta-
do de catalepsia de sus madres. Pero
todo ello lo creímos terminado. La
NO INTERVENCIÓN no consen-
tiría, no permitiría la repetición de he-
chos y de casos que si hay pueblos,
naciones o continentes que los consen-
tían, y los consentían sin sublevar-
se, los que los consentían, y los consen-
tían sin llegar a la sublevación, son
tan miserables y son tan criminales
como los destructores del pueblo as-
tur y del pueblo euzkaro. Y como ta-
les, sí, dignos de verse pronto, y muy
pronto, bajo la acción aleve de los
trimotores de la muerte, que tiran ca-
sas, arrancan árboles y destruyen
cuerpos.

Y por creerlo terminado (por la
No intervención), jamás en nuestros
sueños hubiéramos creído ser testigos
de vista de la destrucción de un pue-
blo de nuestra patria.

Imaginad un llano, y en el llano,
como rebaño de ovejas que pastasen,
unas casitas blancas, y blancas por la
col. En ellas, unas rejas que, como
puntos negros o como bocas negras
de leones muertos por asfixia, proyec-
tando sobre el llano sus puntos negros.
En las rejas, una madre, otra y otra,
etcétera, etc., que con sus ojos irri-
tados miran y miran, y esperan y espe-
ran, la vuelta del hijo que, aunque
no sea más que una vez, venga a ver-
la por unas horas. El jefe de la Bri-
gada le dará permiso. ¡Es tan bueno!
¡También él tiene madre! Nosotros
a cuatro kilómetros del pueblo sobre
una altura. La tarde empieza a decli-
nar y el sol se proyecta sobre los cris-
tales de los balcones. Cinco trimotores
primero. Después, nueve trimotores.
Luego, cuatro trimotores más. A po-
co, otros seis. Últimamente, tres. Y
todos descargando sobre un pueblo en
el que no hay un miliciano. Quizá al-
gún hospital. Casas que se desploman,
incendios indomables, madres que
dan alaridos, niños que ya no llorarán
más y ancianos que cierran sus ojos
para no volverlos a abrir. Son los
aviones de la burguesía, los aviones
de los grandes países, los aviones
de los pueblos poderosos, los aviones
de Hitler, Mussolini y Franco. Es la
civilización burguesa.

Todos frente a la In- ternacional fascista

La diplomacia secreta cobra activi-
dades desusadas en estos momentos.
En el frente internacional se dibuja
una posición clara y concreta contra
la Revolución iniciada por el proleta-
riado español. El capitalismo interna-
cional agita las aguas de la reacción,
y en las obscuras Secretarías de Em-
bajadas y Legaciones va tejéndose
la red que debe aprisionar al insur-
gente productor.

Frente a esa posición del capitalis-
mo deben unirse, sin matiz político
ni ideológico, todos los que de traba-
jo viven. Frente al enemigo eterno no
cabe más que oponer nuestra solida-
ridad internacional. Hay que aunar
voluntades, multiplicar energías, es-
trechando lazos internacionales, vol-
viendo a aquellos hercúleos tiempos de
la Primera Internacional. Recordemos
que fué en Londres donde la Prime-
ra Internacional proletaria sentó las
bases de la lucha para conquistar su
emancipación integral. Fijémonos que
es en el mismo Londres donde se to-
man posiciones contra la justa emau-
cación de los trabajadores. En esa
red que se teje en Inglaterra—en-
tiéndase, en la Inglaterra egoísta y ca-
pitalista, que ve peligrar sus conqui-
stas coloniales por el absurdo y atávico
espíritu de dominio de los pueblos—
van cediendo posiciones las democra-
cias a las aspiraciones del fascismo.
Todos los diplomáticos corren a es-
tas horas de una a otra cancillería pa-
ra tratar por todos los medios de aho-
gar ese estado de opinión revolu-
cionaria que se esparce por el mun-
do, como prueba de admiración por
la gesta heroica del pueblo español.

Los hombres conscientes, los pro-
ductores todos, técnicos y manuales,
en estos momentos críticos que atra-
viesa la Humanidad deben levantar el
grito contra el peligro que amenaza
envolverla en una trágica guerra que,
si bien puede localizarse por unos
días o unos meses, no por eso dejará
de producirse fatalmente; y como for-
man parte integrante de las víctimas
propiciatorias que el capitalismo sa-
crificará para reforzar su sistema de
opresión, hay que apelar a todos los
medios para que fracasen semejantes
propositos.

Deber de conciencia obliga a cada
uno y a todos a la vez a levantarse
contra esa corriente que amenaza, no
sólo destruir la Humanidad, sino in-
cluse terminar con la civilización. Con-

tra el imperio de la fuerza, el im-
perio de la razón.

Los proletarios, en esta contienda,
han de vencer porque son la mayo-
ría. Ahora bien; para vencer no hay
más que un camino: fundir en el cris-
sol de la solidaridad toda nuestra vo-
luntad, todas nuestras energías, para
que surja potente y vigorosa la Inter-
nacional real y positiva de toda la
clase trabajadora. Es bajo los pliegues
del federalismo donde debemos cobijar-
nos todos los que ansiamos ver la
Humanidad vivir en un régimen de
paz y de colaboración fraternal.

Se nos declara a los obreros la gue-
rra en todos los terrenos; se pretende
explotarnos, como siempre. El capi-
talismo desplaza al productor del cen-
tro de producción. Puesto que se nos
elimina, eliminemos nosotros con nues-
tra fuerza a los que pretenden volver-
nos al estado feudal. Y para esto sólo
basta tener la virilidad necesaria de
decir: La riqueza social es producto
del trabajo, y en nuestra condición
de trabajadores detengamos las má-
quinas, y si las ponemos en marcha,
que sea para nosotros.

Por último, ningún obrero cons-
ciente debe colaborar a la producción
de materiales que sirvan para destruir.
Si han de producir armas, sean sólo
para los pueblos ruso, mejicano y
español, fuerzas positivas del proleta-
riado que luchan por poner término
a la explotación capitalista.

LOS NIÑOS HUERFANOS
DE NUESTROS COMBA-
TIENTES NO HAN DE QUE-
DAR DESAMPARADOS.

TIENEN QUE SONREIR
IGUAL QUE LOS OTROS.
S. I. A. AYUDA A LA FELI-
CIDAD DE ESTOS NIÑOS.

Lobos cubiertos con la piel del cordero

No se fatiguen los clericales de to-
das las tendencias y de todas las ideo-
logías en busca de procedimientos pa-
ra poder prosperar en el campo anti-
fascista. De nada servirán estas ocu-
lta maniobras. El pueblo español los
conoce maravillosamente a todos y no
se dejará engañar una vez más por
estos lobos que se cubren con los des-
pojos del cordero pascual. El pueblo
ibérico ha sabido ver siempre claro
en este problema político de la Igle-
sia católica, apostólica, romana... Y
tan es verdad esto, que cuando las iras
populares se han despertado ha sido
para lanzarse contra aquellos que fue-
ron los promotores de todas las mal-
dades de la reacción española. Y pre-
cisamente allí, en los templos y en los
conventos, era donde se forjaban to-
das las conspiraciones contra el pue-
blo de España.

En plena subversión militar se vió
claramente cómo de esos antros del
obscurantismo salían los peores ene-
migos de la clase trabajadora y de
los sentimientos liberales de toda la
Península Ibérica. Por esto no puede
absolutamente, de ninguna manera
ser que curas, canónigos y obispos,
con todo su cortejo de adeptos retró-
grados, vuelvan a montar de nuevo

sus tiendas en la España liberada. La
clase trabajadora los odia terriblemen-
te a todos como a sus peores enemi-
gos y no admite con ellos discusión
alguna, aunque estas conversaciones se
encuentren inspiradas en las finalida-
des más sublimes y en los deseos más
peregrinos de las conciencias espa-
ñolas.

Al pueblo ibero le basta la propia
dignidad de trabajadores para justifi-
car su manera de pensar ante sí mis-
mo y no tiene necesidad de los "Mi-
nistros del Altísimo" para poder re-
solver ningún caso de conciencia, por-
que todos estos ministros no han ser-
vido hasta hoy para otra cosa que pa-
ra encender la inmensa pira, en la
cual arde en estos horribles momentos
el pueblo español. Razón por la cual
decimos una vez más que Iglesia y
Clérigos fueron siempre los mayores
enemigos del pueblo de España, que
de cualquier manera que se presenten
serán siempre los mismos enemigos.
y por consiguiente, como tales reci-
bidos.

Talleres Socializados del S. U. I. G.
(C. N. T.)